

MI VIAJE A PERÚ

Esther LLorente

Quizá nunca habría planificado un viaje a Perú si no hubiera sido porque a Chus le habían pedido que predicara un retiro de servidores de la Renovación carismática peruana. No es que no me apeteciera conocer Perú, como muchos otros países latinoamericanos a los que me encantaría ir; es que la motivación de mis viajes no es puramente turística, tiene que haber algo más, algo que dé sentido y profundidad al recorrer tantos kilómetros y gastar tanta energía.

Perú es ciertamente sorprendente geográficamente hablando, por su diversidad de paisaje y por su belleza natural. Es una maravilla recorrer tantos kilómetros de lagos, montañas, valles, navegar el Titicaca, andar por el Valle sagrado, subir al Machu Pichu, todo eso es espectacular.

La naturaleza por sí sola te lleva a la contemplación y a la alabanza por esta maravillosa creación, pero esa naturaleza la puedes encontrar en muchos sitios no tan lejanos, distintos, pero igualmente evocadores.

Mi motivación interna para ir a Perú no era esa. Era el acompañamiento de una predicación. Y no de una predicación cualquiera, sino de la predicación que a mí personalmente me cambió la vida. La proclamación de un amor gratuito que recibimos inmerecidamente, que nos abre a la acción del Espíritu en nuestras vidas y hace que dejemos que Jesucristo transforme nuestra existencia y sea su señorío quien nos conduzca y se apodere de nuestra vida.

Acompañar, apoyar y orar por esta predicación fue la razón de mi viaje a Perú. Habría ido solo a eso, a los lugares donde Chus predicó, Chimbote e Ica. Para mí habría sido suficiente. Pero me dijeron que era una pena desaprovechar la oportunidad de conocer el país, que merecía la pena. Vale, ha merecido la pena. Pero en mi interior solo bullía una inquietud: que esa palabra de Vida calara, empapara corazones, consolara almas y confortara espíritus. Y que Chus sintiera la fuerza y el poder de proclamar el kerigma para ese pueblo peruano que lo necesitaba y lo buscaba y lo quería, puesto que le habían pedido que fuera allí y le habían manifestado previamente, en su anterior visita a Perú en febrero de este mismo año, que les hacía falta esta raíz y teología de la gratuidad.

Por eso, llegar a Ica, donde se celebraba una asamblea nacional para servidores después del citado retiro, a la cual nos incorporamos los siete que acompañábamos a Chus en este viaje, fue para mí el momento más deseado. Después de unas cuantas horas por carretera, con bastante tráfico y muy cansados, llegamos a Ica desde Lima.

Al día siguiente comenzaba el encuentro. Hasta entonces habíamos sido simples turistas, ahora éramos parte de un pueblo que se desplazaba horas y horas, hasta cuarenta en algunas ocasiones, en autobús, para llegar a un pabellón de deportes de un

colegio, acondicionado para la ocasión, a celebrar durante tres días una asamblea carismática.

Al entrar allí donde había 2. 600 personas, ver las pancartas de colores de las diferentes regiones del Perú, oír la música, ver las caras alegres que tiene este pueblo a veces tan pobre, sinceramente a mí se me esponjó el corazón. Entonces todo mi viaje cobró sentido. Después de recorrer tantos sitios diferentes en los días anteriores, ahora podía estar con gente concreta de esos sitios y, además, alabar y cantar con ellos la gloria de Dios. Pero, sobre todo, ya podía orar in situ para que sus corazones recibieran la palabra que se les iba a predicar, y eso me hacía feliz, porque me sentía parte de ello. Allí estaban el P. Diego Jaramillo y el P. Carlos Jiménez, de Colombia, el cantautor guatemalteco Giovanni Blanco, Shený de Gógora y, claro, el P. Chus Villarroel.

La Renovación carismática española es muy distinta a la de Perú: la forma de alabar, de cantar en lenguas, de proclamación, la música... tenemos maneras bastante diferentes de expresar esta realidad de la efusión del Espíritu sobre nosotros. Pero creo sinceramente que ha sido derramada una gran bendición sobre este pueblo. Y lo demostraba la alegría de la despedida, la acción de gracias por el encuentro, el hasta siempre de cada foto y cada abrazo; sí, una gran bendición.

Chus decía en el avión que la semilla ya estaba plantada, que su labor estaba hecha, y que ahora tocaba a otros alimentarla y que diera fruto. Y tengo para mí que será así. Que crecerá, alimentará a otros muchos y enriquecerá a toda la Iglesia. Les falta, al parecer, un toquecito de gratuidad, porque alaban mucho y muy bellamente pero no se liberan de la culpabilidad. Es como que si no se sintieran salvados del todo.

Quería compartir esta experiencia y expresar que lo importante de cada viaje que hacemos es lo interior que vivimos, la gente que se nos graba en el corazón de los lugares por donde pasamos y, en especial, si tenemos la oportunidad, la comunión con hermanos en el Espíritu de Jesucristo.

No quiero olvidarme de que tuvimos una maravillosa guía en Cuzco que captó rápidamente que no éramos turistas solo interesados en las piedras, sino que “algo más” nos habitaba el interior. Y ella era profunda y espiritual, y nos fue muy fácil conectar a niveles más hondos con ella. Ahí es donde uno se siente a gusto. Rezamos y alabamos con ella también. Que el Señor te bendiga, Maribel.

Y que siga bendiciendo a toda la Renovación carismática de Perú.

¡Gloria al Señor!

Madrid 19 agosto 2008